

Las almas silenciosas;
 Que se amamante en tu divino pecho
 En que palpita sangre mexicana,
 La dignidad humana,
 Y la paz, y el progreso, y el derecho.

GUILLERMO PRIETO.

Abril 2 de 1884.



EN LA INAUGURACION
 DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

(Dedicada á mi buen amigo el Sr. Lic. Joaquin Baranda.)

ODA.

Ayer en este sitio se escuchaban
 Las preces del creyente,
 Que ante el altar postrándose de hinojos
 É inclinando la frente
 Hasta posarla humilde sobre el suelo,
 Buscaba de sus penas el consuelo
 Más allá de la tierra, en lo infinito
 Que su mirar no alcanza,

En la ignota región do reverbera
Esa luz placentera
Que han llamado los hombres esperanza.

Aquí el anciano que la edad abate,
Vino á llorar sus yerros juveniles;
El guerrero al partir para el combate,
Acudió con fe ruda,
Á implorar reverente
En este templo, de su Dios la ayuda;
Y la virgen gentil, cuyos amores
Cual delicadas flores
El desengaño marchitó inclemente,
Aquí vertió su llanto,
Primicias dolorosas del quebranto.

Bajo estas amplias vóbedas sonaban
Los acordes del órgano sonoro,
Y el imponente coro
Que los austeros monges entonaban
Al Dios del Cristianismo:
Rugió la tempestad y al poderoso
Empuje de su brío,
Derribando por tierra el fanatismo,
Trocó el altar del Dios de la clemencia
En templo del estudio y de la ciencia.

De Guttenberg el arte prodigioso,
Sacando cuidadoso
Del poder de un magnate
El manuscrito de la antigua historia,
Á la luz de la gloria
Produjo el libro, inauguró la prensa,
Y el saber difundiendo por doquiera,
En profusión inmensa,
Abrió á la humanidad la nueva era
De ciencia y de progreso,
Rasgó de la ignorancia el denso velo
Con la instrucción que el pueblo recibía,
Combatió el retroceso,
Y el mundo contempló con alegría
En el azul del cielo,
La poderosa llama
Que al calor del estudio se dilata,
Y convertida en faro refulgente
O en espléndida estrella,
Derrama su luz bella
Como fresco rocío sobre su frente.

La ciencia que ocultaba cuidadoso
El sacerdote egipcio en el santuario,
Que luego el poderoso
Pudo adquirirla derramando el oro,

Hoy al alcance está del proletario
 Que ama la ilustración: suya es la ciencia;
 Suyas también las artes liberales
 Que hablan al corazón, y ese tesoro
 Que mitiga sus males
 Y hacen desarrollar su inteligencia,
 Lo adquiere fácilmente
 Aquí, donde se alzaba
 La plegaria devota del creyente.

Ya no resonarán en estas naves
 Los salmos de David, ni el *Miserere*
 Dirigidos á Dios; sus notas graves
 Cuyo eco repitieron,
 De este recinto para siempre huyeron.
 Mas no queda sin culto este santuario,
 Ni se niega homenaje
 Al abnegado mártir del Calvario:
 Que el hombre, al cultivar su inteligencia,
 Emanación de Dios, con fe sencilla
 Su espíritu elevando al infinito,
 Implora su clemencia
 Para hallar la verdad tan anhelada,
 Y hacer que fructifique la semilla
 Que en su cerebro ardiente
 Depositó la mano omnipotente.

Sublime aspiración que le levanta
 Del polvo de la tierra;
 Meteoro que abrillanta
 De su imaginación las ilusiones
 Con la luz de la idea,
 Que como sol magnífico en Oriente
 Sus rayos centellea;
 Faro que el rumbo de su nave guía
 En el mar proceloso de este mundo;
 Manantial de poesía
 Que derrama á torrentes
 Placenteras y gratas emociones
 En torno de su mente;
 Fuerza secreta que su cuerpo anima;
 Espíritu del bien; genio fecundo
 Que de los astros flota por encima.

¡Aquí la senda está! Junto á ese muro
 Que la mano del tiempo ha respetado
 Y el hombre ha decorado
 Del arte con la espléndida belleza:
 Allí está donde empieza
 De las ciencias el árido camino.
 Cada página guarda algún secreto;
 Abridlas sin temor, vuestro destino
 Es ir siempre adelante,

Y guiarán vuestro paso vacilante
 Las doctrinas que en ellas imprimieron
 Los muchos sabios que en el mundo fueron.

No es el valor la fuerza prepotente
 Que eleva á las naciones
 De gloria á las espléndidas regiones,
 Sino la ilustración y el adelanto:
 Cubrid con ese manto
 Los hombros de la patria tan amada,
 Brille sobre su frente
 Del sabio la diadema
 Para que sea del mundo respetada,
 Y á luz de la gloria,
 Del adelanto intelectual emblema,
 Será su pabellón ante la historia.

RAFAEL LÓPEZ DE MENDOZA.

DISCURSO SOBRE LAS BIBLIOTECAS

PRONUNCIADO EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS
 Y CLAUSURA DE LAS CÁTEDRAS

DEL INSTITUTO CAMPECHANO

EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1871

POR EL DOCTOR JOAQUIN BLENGIO

RECTOR DE DICHO ESTABLECIMIENTO

Sr. Lic. D. Joaquín Baranda.

Campeche, Noviembre 15 de 1883.

Mi querido amigo:

Si á vd. pertenece la gloria de haber, en su primera administración, abierto al público la Biblioteca del Instituto Campechano, de que era yo entonces Rector, justo es que, al honrarme con la reimpresión de este pequeño trabajo, lo dedique á vd. con tanta más razón, cuanto que me fué inspirado por aquella importante mejora debida á su laudable iniciativa, y por las elocuentes y expresivas frases que dirigió vd. á los que asistieron á la celebración de aquel fausto suceso. Y, aunque obra sin mérito, y sin que esto agregue ni uno más á los muchos y brillantes títulos que ha sabido vd. tan dignamente conquistar, acéptelo vd. como un testimonio de admiración por su talento, y como una muestra del sincero cariño que le profesa su amigo

J. BLENGIO.